

puer iste erit? Etenim manus del Señor estaba con él. Y Zacarías su padre fué lleno del Espíritu Santo : y profetizó diciendo : Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y remediado á su pueblo.

MEDITACION.

SOBRE AQUELLAS PALABRAS : ¿QUIÉN PIENSAS SERA ESTE NIÑO.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ignorada ni mas oculta al hombre que su eterno paradero. ¿Tendrá la dicha de ser del número de los escogidos, de gozar de Dios eternamente en el cielo, ó tendrá la desgracia de ser contado entre los precitos, y de arder por toda una eternidad en el infierno? Esta es una noticia que Dios ha reservado solo para sí; lo que sabemos de cierto en esta vida es, que entre estos dos extremos no hay medio. Si Dios no fuere nuestro soberano bien, será nuestro soberano mal. Espantosa disyuntiva, que hace comprender bien la necesidad de la salvacion. No hay cosa mas oculta que este temeroso destino, y ninguna interesa mas nuestra curiosidad. ¿Qué piensas será aquel hombre, aquella mujer profana? ¿qué pienso yo mismo de mi suerte? Pero el que quisiere tener un presagio poco dudoso del destino que le espera despues de la vida, consulte sus costumbres, sondéese á sí mismo, si es que tiene fe; juzgue de su suerte por el fondo de su religion, por sus máximas y por sus obras.

¿Seguirá una santa muerte á una vida poco cristiana y aun licenciosa? Un espíritu mundano, un co-

razon uertino y unas costumbres estragadas, ¿podrán traer frutos dignos de la vida eterna? El cielo, aquella purísima mansion, donde no se da entrada á la mas mínima mancha, ¿admitirá á una alma enteramente carnal? ¿Y se podrá esperar que se conceda una bienaventuranza eterna en recompensa de una vida atestada de pecados?

El Evangelio y la doctrina cristiana es la verdadera regla de las costumbres. Esta es aquella ley segun la cual se juzga y se decide de nuestro eterno destino; las únicas pruebas de los autos son nuestras obras. ¿Queremos saber cuál será aquella espantosa sentencia, de la cual nunca hay apelacion? Pues consultemos nuestra conciencia y el Evangelio; no ignoramos las reglas, las máximas ni los preceptos del uno; y sabemos muy bien los desórdenes, los delitos y los remordimientos de la otra. Todos son unos testigos que no podemos recusar; los hechos están probados, y nuestra propia conciencia los confiesa. Pues cotejemos estos hechos con el precepto; la ley está clara; con que parece que no es difícil adivinar cual ha de ser la sentencia.

¡Ah Señor, ninguna cosa es mas fácil de pronosticar, y mas cuando vos os explicasteis tan claramente! *El que no cree, ya está condenado.* No es menester consultar otro oráculo. *El que come y bebe indignamente la carne y la sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, come y bebe su eterna condenacion.* Examínese cada uno segun la religion y segun el Evangelio, y fácilmente acertará lo que debe pensar de su eterna suerte y de su eterno destino.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que nuestras inclinaciones, nuestras máximas en materia de religion, nuestras costumbres

y toda nuestra conducta es un pronóstico del paradero que algun dia hemos de tener. Esa desenfrenada codicia, esa impetuosa ambicion, esa licenciosa disolucion de costumbres, esa indevociion tan visible, esa poca religion, no pronostican cosa buena. Si apenas vivés como cristiano, ¿puedes racionalmente esperar morir como santo? ¿cuántos actos de religion haces en todo el dia?

El negocio esencial, personal y único de la eterna salvacion pide todo el tiempo de la vida : ¿cuánto empleas tú en este negocio? Unas oraciones vocales de mera costumbre y con perpetuas distracciones; un aparecerte de ocho en ocho dias en la iglesia sin devociion y aun sin religion algunas veces; un recibir los sacramentos, capaz de entibiar la fe y aun desacreditar la religion, por el poco fruto que se saca de ellos, ó, por mejor decir, por la mala disposiciion con que se reciben, la que estorba el fruto que habia de sacarse; confesiones sin enmienda; comuniones sin aumento de gracia y sin fervor; ejercicios espirituales sin mérito : todo esto no pronostica buen fin, no anuncia suerte dichosa. Confesémoslo ; no somos nosotros solos los artifices de nuestra eterna felicidad ; debémosla á la gracia y á la misericordia del Redentor ; pero nosotros solos somos los que nos fabricamos nuestra eterna condenacion, nuestra perdiciion eterna. No hay réprobo, no hay condenado que no conozca, que no confiese por toda la eternidad que tuvo los auxilios necesarios para salvarse, y que, si se condenó, fué porque no quiso corresponder á la gracia. Pues el desprecio que ahora se hace de ella, es infidelidad con que se la trata, ese abuso de los sacramentos, esas costumbres viciosas, esas continuas reincidencias, ese fondo de indevociion, de insensibilidad y de irreligion, todo esto puede ser un pronóstico poco in-

cierto, y casi palpable, del destino que te espera por toda la eternidad. *Porque vendrá el Hijo del hombre con la gloria de su Padre, y acompañado de sus ángeles, y entonces dará á cada uno lo que le corresponde conforme a sus obras.* Consultemos, pues, nuestras obras, y por ellas podremos juzgar qué será eternamente de nosotros.

¡ Mi Dios ! ¿ á qué fin seremos tan curiosos por saber nuestro destino ? ¡ Ah ! que mis costumbres, mis acciones y mis máximas me ofrecen sobrados materiales para satisfacer mi curiosidad ; pero tambien me los ofrecen, y muy espantosos, para fundar mi temor. Todo cuanto al presente veo en mí, me pronostica la mayor de las desdichas. Vos, Señor, podeis conjurar con una nueva gracia, y hacer que no se verifiquen todos estos funestísimos presagios ; concededme, Dios mio, esta gracia de mi perfecta conversion, y no permitais sean inútiles para mí estas reflexiones que acabo de hacer por vuestra misericordia. Resuelto estoy, mediante vuestra divina gracia, á vivir cristianamente en adelante, y que mi vida sea el mejor pronóstico de mi eterna dichosa suerte.

JACULATORIAS.

Veniant mihi miserationes tuæ, et vivam. Salm. 118.
Dignaos, Señor, de tener misericordia de mí ; haced que me convierta, y será dichoso mi destino.

Secundum misericordiam tuam vivifica me, et custodiam testimonia oris tui. Salm. 118.

Haced, Señor, que en adelante guarde vuestra ley, y no pereceré.

PROPOSITOS.

1. ¿Quieres saber lo que serás? pues mira lo que eres. Tus máximas, tu devocion, tus costumbres y u conducta son el oroscopo mas seguro. No cuentes con la vana esperanza de convertirte en edad mas madura; el tiempo no hace otra cosa que fortificar mas las malas inclinaciones. Si los árboles tiernos salen torcidos, cuanto mas crecen, mas se encorvan; antes se les hará astillas que conseguir enderezarlos. Las enfermedades habituales crecen con los años; las malas inclinaciones de los jóvenes envejecen con ellos: no tienen siempre el mismo fuego ni los mismos impetus, porque lo refrena algunas veces la madurez de la edad; pero la raíz cada dia es mas profunda. Sucede á las pasiones lo que á los torrentes; nunca mas violentos que cuando están mas distantes de su origen. Es cierto que cuanto mas se extienden hacen menos ruido; pero ¿hacen por eso menos daño? La injuria, la cólera, la avaricia, etc., cada dia cobran mayores fuerzas al paso que se va debilitando la razon. Considera cuánto te importa corregir tus costumbres y domar tus pasiones desde los primeros años; en llegando á formarse el hábito, apenas es ya tiempo. Haz juicio de la disposicion en que te hallarás en la hora de la muerte por la que has tenido desde tus primeros años. No quisieras morir al presente, y te pareceria segura tu reprobacion si en el estado actual te vieras precisado á comparecer en el tribunal de Dios. Si no te enmiendas hoy, mañana serás peor. ¿Quieres tener un buen pronóstico de tu dichoso destino? pues comienza desde luego el edificio de la perfeccion sobre el plan que te has formado.

2. Seas del estado que fueres en el mundo, ora del

eclesiástico, ora del secular, siempre tienes obligaciones que cumplir, y perfeccion á que aspirar. Comienza desde hoy á cumplir exactamente todas tus obligaciones, y vive de manera que cada accion sea un pronóstico de tu dichosa suerte. En cada una de ellas, ó á lo menos muchas veces al dia, dite á ti mismo: mi fidelidad y mi puntualidad me dan nuevo motivo de confianza; y da lugar á esta consideracion en todas tus oraciones y en tus exámenes de conciencia. Examina bien todas las noches antes de acostarte, qué es lo que te promete y te pronostica el porte de aquel dia.

DIA VEINTE Y CINCO.

SANTA FEBRONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Durante la persecucion de Diocleciano, y hácia el fin del tercer siglo, una cierta doncellita cristiana hizo que triunfase la fe en medio de los tormentos, convirtiendo al mismo tirano y confundiendo al paganismo.

Habia en Sibápolis de Siria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente era admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. Contábanse en él mas de cincuenta religiosas, ocupadas únicamente en meditar las miserias del Señor, y en cantar dia y noche sus alabanzas. Llamábase Briena la superiora, señora de grande distincion; pero mas respetable por su venerable ancianidad, por su prudencia y por su virtud, que por su ilustre nacimiento. Tenia consigo una sobrina, por nombre Febronia, á quien desde la edad de tres años